

Las palomas de Elista

Vicente Herrasti

Si el hombre del abrigo remendado fuera una paloma tampoco viviría en Elista. Menos aún en la plaza central, tan ávida de laureles, de cornisas con molduras elegantes, de viejos ricos en pan y tiempo. Nadie sabe qué fue de las primeras insensatas que trataron de habitar los remates del Ministerio de Cultura, pero todos justifican la brevedad de su tentativa. Hay que estar loco para ser paloma e intentar ganarse el sustento en una plaza desierta. Ni los vagos la frecuentan. Ni los perros.

Maxim y Tigran eran una excepción a la regla. Daban apenas las nueve de la mañana cuando, enfundado en un abrigo heredado de su padre, Maxim arrojó el segundo puñado de migas a sus palomas imaginarias. Tigran, así llamado en honor al gran Petrosian, miraba indiferente el alimento que se acumulaba sobre las baldosas. No le molestaba que algunos fragmentos le cayeran accidentalmente en el lomo y la cabeza. Ya estaba acostumbrado a esa clase de imprevistos en sus abundantes horas de trabajo; bastaba una sacudida ligera para que los desatinos de su amo pasaran al olvido. Tigran, hermoso nombre. Mucho hubiera dado Maxim por intercambiar nombres con su noble perdiguero habilitado como guía —un perdiguero que jamás vería perdices y, de seguir así las cosas, tampoco palomas—, aunque, pensándolo mejor, le pareció excesivo que un jugador de ajedrez fuera homónimo del excampeón mundial Tigran Petrosian. “Demasiada responsabilidad” dijo Maxim en voz baja al tiempo que arrojaba las

últimas migas. Metió las manos en las bolsas laterales del abrigo, ahora vacías, y sintió de golpe el peso de la responsabilidad que los directivos de la federación rusa le habían impuesto. Ningún calmuco había formado parte del equipo de invidentes en una olimpiada regular, situación muy lógica si se toma en cuenta que en las otras repúblicas abundaban jugadores de excelente nivel, pero en esta ocasión, siendo Elista la sede del certamen, las conveniencias políticas y los indiscutibles méritos ajedrecísticos de Maxim habían dado la pauta para su nombramiento oficial como cuarto tablero. La partida inaugural comenzaría a la una de la tarde y Maxim, fiel a su costumbre, procuraba librarse de la tensión con un paseo en solitario. Pocas veces lo lograba.

Pasaban de las 9:15. Tigran, en un acto de rebelión sin precedentes inspirado tal vez por el nerviosismo que detectaba en su dueño, lamió algunas migajas sin que Maxim lo notara. Un cartero observó la escena a distancia y, luego de buscar palomas en las inmediaciones, reemprendió la marcha divertido. “A quién se le ocurre”, pensó.

* * *

Bien dicen los autores de la *Philokalía* que al mal deben buscársele facciones porque suele faltarle un rostro claro y distinto. Por ello, Nazario el viejo instaba a ser *diferente* para aspirar a la santidad e inundar de luz las tinieblas. Qué razón tenía el abad. Conocía las argucias del supremo enemigo, su inclinación al anonimato.

Vicente Herrasti (México, D.F. 1967), narrador, traductor y ensayista, es autor de las novelas *Taxidermia* (DGP, 1995) y *Diorama* (Joaquín Mortiz, 1999; Muchnik editores, 2000). Ha traducido, entre otros, a Edwin Muir y Herman Melville. Ha sido becario del British Council, del Scottish Arts Council y del FONCA. Ha sido traductor residente y conferenciante huésped en la Universidad de Glasgow. Es miembro del llamado grupo del Crack, integrado por Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou, Eloy Urroz y Ricardo Chávez.

El diablo prefiere que no se crea en él, que se le ignore, que se le confunda con una flor, con una manzana, con un cuello que huele a mirra. Debajo de su máscara existe sólo otra máscara. No es accidental que las leyendas ucranianas representen a Lucifer como un ser de rostro *indescriptible*. Al encontrarse con él por segunda, tercera o cuarta vez, se sigue diciendo “mucho gusto”. A la memoria se le escapan sus detalles. Todo en él es nuevo y de la novedad emocionante hace carnada. No tiene historia, por eso miente. Nadie le ha visto una arruga en la piel. Los hombres no son como el diablo de las leyendas ucranianas. Qué alivio. Uno tiene el párpado caído; el otro ha dormido mal: hay que ver esas ojeras. “Hay que ver atentamente”, espetaba molesto Lasker cuando los amigos le preguntaban sobre esa obsesión suya por conseguir fotografías de los rivales a enfrentar próximamente en el tablero. Se encerraba durante horas con su habano, su jerez y el rostro del contrincante. Buscaba una historia, un temperamento, una debilidad, y algo encontraba pues casi siempre vencía. Otros aguzaban la percepción por medios más complejos: un camarero descubrió a Portisch en su habitación, sentado frente a una mesa en que se ordenaban las piezas Staunton sobre el tablero, en la posición de inicio. Al otro lado de la mesa había una silla vacía con un letrado improvisado en que se leía “T. Petrosian”. Al día siguiente, una silla parecida estaría

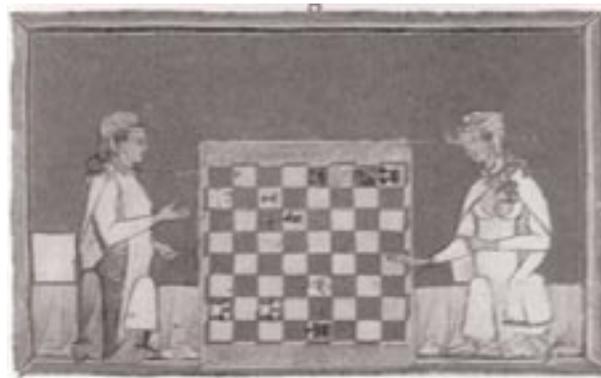
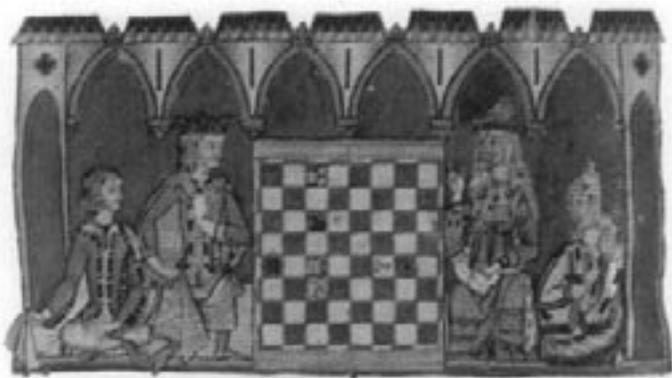
ocupada por un Petrosian derrotado.

De nada servían a Maxim las fotos o los letreros improvisados. Él intuía la historia de sus oponentes por las inflexiones de la voz. Sin duda, también importaba prolongar el saludo más de lo normal para advertir la humedad y temperatura de la mano estrechada, pero lo cierto era que nunca había jugado con un ajedrecista de diestra seca y tibia, a excepción del sueco Andersson —hombre inmovible que obtenía tablas en el 67 por ciento de sus partidas. Maxim se estremecía al recordar aquella voz neutra, críptica, de esas que sólo es dable imaginar en un ser carente de rostro e historia. “¿Me permite tocarle la cara?”, preguntó Maxim después de acordar las tablas. “No”, respondió el sueco con brusquedad. Minutos más tarde, el calmuco confesó a su lazarillo: “Tengo miedo, Tigran. Gracias a Dios hay pocos así”. El perdiguero, que sabía de voces, plegó las orejas en asenso.

* * *

En el vestíbulo central del Palacio del Ajedrez, las banderas de los países participantes en la XXXIII olimpiada formaban una media luna que Maxim, por razones obvias, no pudo admirar. Cuando el entrenador del equipo mencionó el hecho, Maxim se esforzó por hacerse una idea clara, no ya de una luna partida por la mitad, sino de una luna completa. La pecera que su abuela le pusiera entre las

manos 26 años atrás era todavía el principal referente para concebir lo esférico; las pelotas, los ovillos de estambre y la cabecita de su hermana menor se fundían con la imperfección de la pecera para conformar su equívoca representación violácea de lo redondo (los colores, un enigma). Sin embargo, la media luna era y sería un imposible conceptual para Maxim: media pecera, media cabeza, en fin. Mejor sería olvidar el asunto. ¿Para qué malgastar su tiempo en semejantes desatinos? “No tengo remedio”, musitó el calmuco dándose una fuerte palmada en la mejilla. El murmullo no pasó desapercibido para el capitán del equipo, Stephan Osorgin, moscovita rubicundo y alegre que por segundo año consecutivo había sido premiado como el mejor ajedrecista invitado de la Comunidad de Estados Independientes. El hombre extendió el brazo hasta dar con las faldas del abrigo de Maxim; una vez localizado el objetivo, dio dos pasos laterales y acercó el rostro a la oreja del novato: “Tome las cosas con calma, Maxim Aleksandrovich; recuerde que los ciegos tenemos una ventaja psicológica nada despreciable: el rival nos ve llegar cogidos del brazo con cuatro perros obedientes por delante. Casi ninguno ha jugado con un ciego ruso y mucho menos calmuco (qué mal se escucha eso de ‘calmuco’, pero no es su culpa, lo sé). Si a eso agregamos el lamentable y ya famoso estado de su abrigo, podría asegurarle que tiene la partida



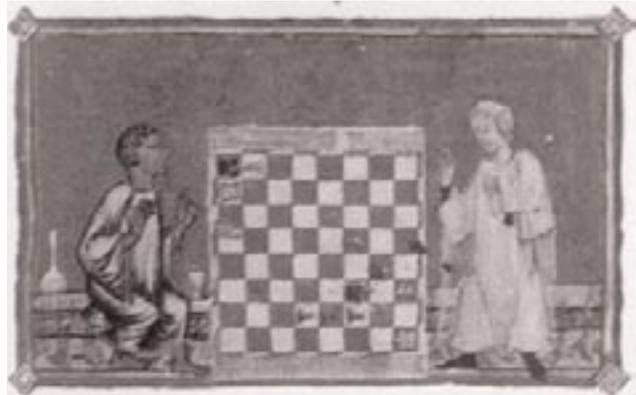
ganada". Maxim, familiarizado de antaño con la malicia de su colega, respondió al vuelo: "¿Y ese aliento suyo, maestro Osorgin, constituye otra ventaja psicológica bien estudiada o sería más justo catalogarlo como arma blanca?". Ambos festejaron la ocurrencia, Stephan con una carcajada y Maxim con una sonrisa satisfecha que duró más de lo normal debido a las aclamaciones, aisladas pero recurrentes, que el público local le brindaba emocionado. "¡Buena suerte, Tigran!", gritó un amigo de Maxim que apenas lograba tenerse en pie gracias al exceso de vodka, sin que prácticamente nadie comprendiera la broma.

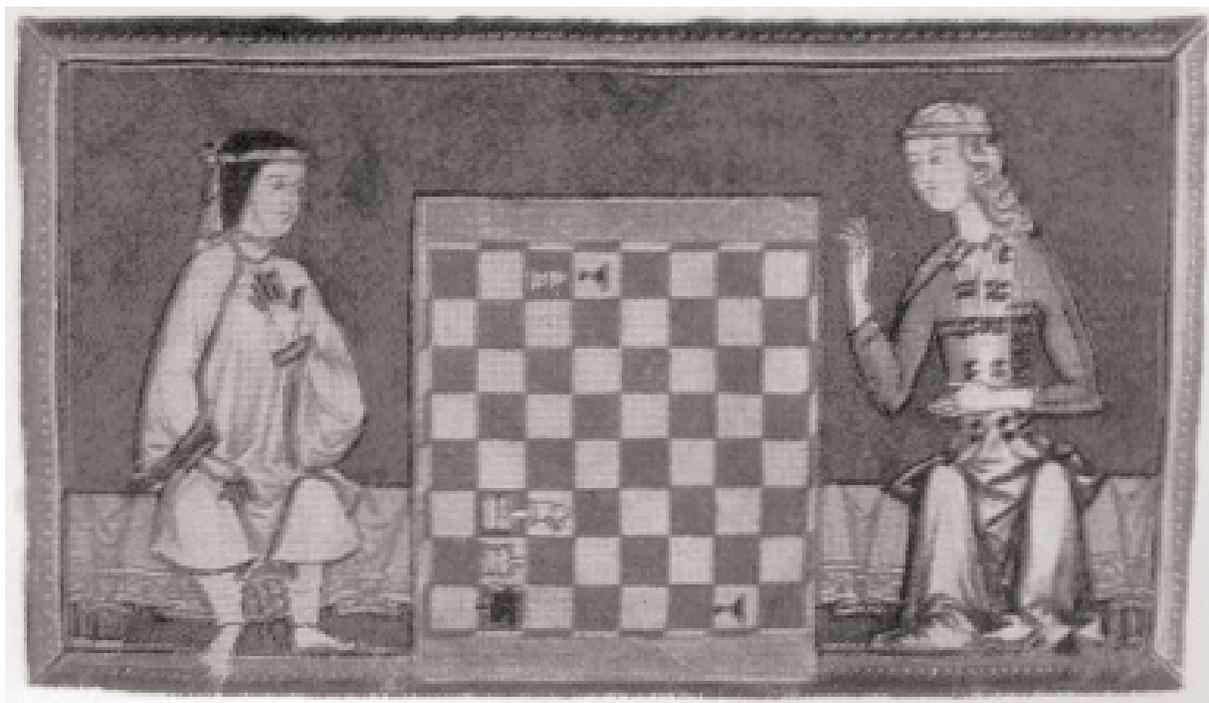
Los ajedrecistas, el entrenador, los auxiliares y los lazarrillos, ascendían por los amplios peldaños de abanico. Stephan, experto reconocido en las aperturas con peón de dama, rebatía airadamente la idea de que Maxim utilizara la apertura inglesa en la ronda inicial. "Si las negras juegan simétrico es fácil hacer confianza y perder la concentración; a los ciegos nos conviene las posiciones asimétricas, cerradas de preferencia", argumentaba con razón el moscovita. "Dirá que estoy loco, maestro, pero ya me cansé de jugar mi repertorio de invidente una y otra vez. Me he preparado para jugar c4 y créame que...". Los motivos de Maxim fueron interrumpidos por el entrenador. Sito en el desembarco de la escalera, el equipo completo debería tomarse la fotografía oficial. Los titulares y dos

suplentes se alinearon en primer plano, con los lazarrillos echados a sus pies. Los ciegos esperaban el sonido del obturador para reemprender la marcha hacia el salón del tercer piso. Maxim sintió las ancas de su perdiguero sobre el botón izquierdo. "¡Atención! Todos quietos", ordenó el fotógrafo. "Hay que ver atentamente". Las palabras de Lasker retornaron súbitamente a la conciencia de Maxim antecediendo en una fracción de segundo al chasquido del obturador. "¡Listo!" exclamó el fotógrafo. Cinco de los seis ciegos continuaron su camino mientras Maxim permanecía inmóvil con la boca entreabierta. Tigran esperaba la orden de su amo para incorporarse. "¿Qué pasa, Maxim? Estás pálido, muchacho", dijo el entrenador acercándose a su pupilo. Jadeante, el calmuco parpadeó repetidamente y luego se talló los ojos. "Nada señor, estoy bien". Mentira inocente. Entre la frase de Lasker y el sonido del obturador, Maxim detectó algo extraño, fugaz, que parecía dotado de vida propia. Dominó el ligero temblor que invadía sus piernas y dio un paso titubeante. Tigran reaccionó poniéndose de pie sin dilación. "Rápido, Maxim; los coreanos ya esperan en la mesa", apuró el entrenador.

Cesaron los rumores, las conversaciones aisladas. En la sala de juego dominaba el silencio típico de la competición inminente. Un niño del cuerpo de voluntarios puso a Maxim el tablero especial entre las manos y le anunció que, si lo

deseaba, él podía realizar los movimientos sobre el tablero oficial, anotar la partida y accionar el reloj del contrario después de cada jugada. Maxim tardó en responder que prefería anotar él mismo en braille; mucho le agradecería al niño que se ocupara de las otras tareas. Palpó el tablerito de 25 por 25 centímetros para verificar que, efectivamente, los escaques y piezas de color negro estuvieran bien marcados; las blancas también estaban en la posición correcta, firmes en su lugar. Las disposiciones de la federación internacional le permitían tocar ese artefacto cuanto quisiera para orientarse a lo largo de la partida. Una vez sacada la pieza de su sitio correspondiente y colocada en el escaque de destino, se consideraría que el movimiento era oficial. Entonces el niño reproduciría la jugada sobre el tablero grande y echaría a andar el reloj del contrincante. La respuesta del rival sería anunciada claramente a Maxim por el pequeño, utilizando no el sistema alemán, sino el algebraico convencional. La hora acordada había llegado. En cualquier instante sonaría el gong para indicar que el reloj de las blancas podía correr. 40 movimientos en dos horas y una hora más para terminar el juego. Lo mismo para el rival. Si la partida se prolongaba, seis horas de tensión esperaban a Maxim. Antes de tomar su lugar, el calmuco pidió al niño que lo llevara con el Maestro Internacional Stephan Aleksandrovich Osorgin (las formalidades se imponían). "Stephan, buena suerte. Abriré con la





inglesa a pesar de todo”. “Debe ganar, Maxim. Su rival es inferior con todo y la vista de halcón. Usted ve más y mejor que él. No se deje amedrentar por una novedad en la apertura. Juegue sus blancas y evite unas tablas rápidas. El equipo necesita el punto”. Maxim tomó asiento y extendió el brazo para saludar a su eventual enemigo. Una mano cálida y seca, idéntica a la del sueco Andersson, estrechó la suya. Sintió náuseas. A duras penas contuvo el malestar. “Que gane el mejor”, pronunció deportivamente en ruso sin obtener respuesta. El coreano hizo una reverencia áfona que en nada orientaba a Maxim. De nuevo el temblor en las piernas. Por fortuna estaba sentado. Repasó mentalmente tres líneas principales de la apertura inglesa. Cuando trataba de representarse la variante neocatálana, la posición se esfumó. El negro mate sustituyó la cuadrícula hasta que sonó el gong. “Corre su tiempo”, avisó el voluntario con seriedad. Maxim Aleksandrovich volvía a percibir la entidad autónoma que tanto le había conmovido en las escaleras. Deseó estar al lado de su

abuela, o en el instituto de educación especial. Deseó estar en cualquier otro sitio que no fuera el Palacio del Ajedrez, en la plaza de Elista, por ejemplo. “Corre su tiempo, Maxim”, insistió el niño. “Tengo miedo, Tigran”, pensó Maxim. El perdiguero dormitaba. Transcurridos tres minutos y medio, Maxim recobró la calma. La imagen reticulada abolió al negro mate. Posó las manos sobre el pequeño tablero, movió el peón del alfil de dama y anunció “c4”. A unos metros, el fotógrafo se impacientaba al tener que esperar más de 5 minutos para que su flash ruso se recargara.

Al igual que el diablo de las leyendas ucranianas, el ajedrez se cubre el rostro con incontables máscaras superpuestas. A Maxim le gustaba pensar que su misión consistía en retirarlas una a una para exhibir el vacío subyacente, la carencia de la posición. La menor sospecha de una debilidad táctica o estratégica, impelía a iniciar una investigación exhaustiva cuyos alcances, imprevisibles, rayaban en lo absurdo. Primero, tocaba a placer el tablero, microcosmos de madera al

que Maxim atribuía un sobrio tono añil; ya con la certeza de no omitir detalles, valoraba la situación específica desde una conveniente perspectiva aérea. Veía. Comenzaba entonces el cálculo profundo, la pesquisa del vacío. Diez, veinte, hasta cuarenta minutos invertía en el proceso si la encrucijada era compleja. Las piezas avanzaban, retrocedían, saltaban y, al ser retiradas del juego, flotaban temporalmente con un aspecto acuoso que al ajedrecista le resultaba de lo más natural. La brutal constricción del universo excluía a todos los sentidos. El tiempo era un vuelo suspenso, no un transcurso; el espacio, una alegoría. De pronto, un silbido producto de esa realidad alterna anunciaba la carencia propia o ajena. El vacío expuesto lo tornaba en un ser *diferente*. Aspiraba a la luz pregonada por el abad Nazario sin aprehenderla jamás. Sentía de nuevo. Las anclas sensoriales fijaban una vez más su estancia en el mundo. Cuando decidía por fin la jugada clave sobrevenían las extravagancias: ¿Las branquias de una lobina eran seme-

jantes a las de un esturión? ¿Existían bestias con una espina dorsal similar a los peines de carey? ¿A qué olería el viejo capote de Akaki Akakievich? Y qué decir del fétido aliento de Marmeladov en su noche última. “Absurdo. Corre mi tiempo”, espetaba entre dientes Maxim con los pies en la tierra antes de realizar el movimiento adecuado para la defensa o la ofensiva, en el supuesto de que lo fuera. Quién sabe. Los grandes no erraban como solía hacerlo Maxim. Kasparov, Anand, Ivanchuk, el joven Morozevich y otros privilegiados reirían de las “sutilezas” ajedrecísticas implementadas por el cuarto tablero del equipo de invidentes rusos, a no ser por el temor reverencial que el ciego inspira al vidente. Tal es el lujo de la oscuridad.

El coreano no reía. Con las manos sobre las rodillas y la espalda recta, el oponente de Maxim analizaba las dificultades tácticas de la posición tras el vigésimoprimer movimiento. La asiduidad con la que pellizcaba la pernera izquierda denotaba inquietud. El fotógrafo contratado por la federación calmuca, aburrido ya de las fotografías de rutina, notó el hecho al buscar un ángulo que le permitiera captar la singular disposición de los lazarillos bajo la mesa de juego. El mestizo de Osorgin lamía la alfombra incansablemente; el chucho del segundo tablero asumía la tensión de su amo gimiendo por lo bajo mientras que su vecina seesteaba. Nada fuera de lo común, a no ser por la estatuaria inmovilidad de Tigran que, agazapado más que echado y con la cabeza en alto, perdía la mirada al frente. En principio, el fotógrafo creyó que los pellizcos del coreano atraían la atención del perro, pero unos segundos más tarde, cuando el telefoto le allegó la mirada de Tigran, tuvo la sensación de que esos ojos miraban menos que los de su dueño. Similar a una asfixia era la mirada del hombre y su bestia. Idéntico el extravío y la futilidad. Tan perfecta simbiosis le hizo divagar en una fotografía imposible que fundiera ambas perspectivas en una

nada gemelar que escapaba al poder de su oficio y su herramienta. Fusión de brumas. Algo muy parecido al amor de los creyentes, felicidad inasible vio el hombre al comparar los ojos del perdiguero enceguecido con los del ajedrecista ciego.

* * *

Maxim intuía que el coreano perdería un peón atrasado en el flanco de la dama. Todavía no tenía clara la combinación ganadora, pero sí la certeza de haber hallado el vacío de la posición enemiga, la fractura sin rostro de aquel microcosmos. Vendría el ataque a la debilidad, el desenmascaramiento definitivo. Le quedaban 23 minutos de reflexión para llegar a la jugada 40 y superar el primer control de tiempo, suficiente como para llegar a un final favorable si no le metían en complicaciones imprevistas. Habían pasado 34 minutos desde su último movimiento sin que el rival pareciera reparar en la presión de tiempo que se le vendría encima. Desde la apertura, Maxim supo que la variante neocatalana de la inglesa había incomodado al oriental. Si todo seguía bien, le echaría en cara a Osorgin su desconfianza con un buen vaso de vodka de por medio esa misma noche. Entre chanzas, el campeón aceptaría su error y arremetería contra su abrigo para equilibrar. No les permitirían festejar a voluntad teniendo que disputar una partida importante al día siguiente, pero un cuarto de litro a nadie afectaría. Lasker era capaz de jugar como los dioses con media botella de whisky. “Claro... Lasker”. El rey era el rey y poco tenía que ver con las dotes de Maxim. Vuelto a la humildad, optó por analizar a fondo en tanto el coreano decidía. En ese momento, las negras movieron y el chiquillo anunció “Caballo a b4”. Maxim reprodujo el movimiento en el tablero especial un tanto sorprendido por el optimismo del coreano. No encontraba fundamento

para el movimiento de caballo. “Nada tan difícil como ganar una partida ganada porque hay que ganarla”, pensó. El proceso comenzaba una vez más. Las piezas flotaron acuosas. “Hay que ver atentamente... tienes que ver, Maxim”. Su alfil negro carecía de movilidad en tanto que el centro permaneciera cerrado. Peón a f4 cambiaría la partida en su favor, pero la confianza traicionaba a menudo. Tocó el peón y de inmediato recapacitó. Si el coreano prestaba atención a sus manos, pronto comprendería el sentido de la avanzada y tendría tiempo extra para buscar una refutación mientras corría el reloj de Maxim. “Concéntrate, Maxim”. Y se concentró. Sentidos clausurados. Sonido abolido. Todo sobre el peón atrasado. Sí. Cuatro en profundidad. No encontraba réplica favorable al coreano. Ese peón retrasado se iría al carajo en cinco movimientos. El rival lo sabía y trataba de distraer. ¿Será? “Carajo. Hay que ver.” Y vio. Por tercera vez vio el destello claro y distinto que no provenía de sí mismo o de su imaginaria. “¡La luz!”, pensó alterado. “¡La luz!”, gritó sorprendiendo a todo el recinto y, en especial, al fotógrafo que arrodillado y boquiabierto corría la película después de obtener el ángulo ideal. Se esforzó por guardar la calma. Contuvo la respiración y pidió disculpas con los ojos abiertos como nunca. Ahí estaba el tablero. Así era la madera. Hermosa la madera. “Por Dios, la madera...”. Las vetas le recordaron el aire, el cabello en la cara. A la cara acercó su manos. Dolía la luz. Pero no había dolor que le impidiera ver la piel, el vello, los pliegues. Perdió el aliento al constatar las uñas mordisqueadas.

* * *

Una madrugada fría en la plaza de Elista. En una banca húmeda Maxim lloraba a solas la repentina muerte de Tigran.

Sin luz.

Sin palomas. ①